

Zirze Piernas Largas

Jesús Ferrero

Ediciones Siruela

Ilustraciones de Irene Gracia

1. *Un recuerdo infantil*

En mi mundo todo parece absurdo, pero todo tiene su explicación.

Mi perra, por ejemplo, suele llevar el dorsal número 5 prendido al lomo cuando salimos de paseo. Aparentemente, resulta un hecho absurdo, y quizá lo sea, pero tiene su explicación.

Todo empezó una tarde, hace ya bastante tiempo. Calculo que por aquel entonces yo debía de tener unos seis años y estaba pasando esa época de la infancia en la que exigimos mucha claridad y aborrecemos cualquier indicio de confusión.

La perra, mi abuelo y yo nos hallábamos en la parada del autobús cuando me dio por pensar en la posibilidad de que Malta estuviera embarazada, no me pregunten por qué. Hasta ese preciso momento, yo había creído que éramos tres los individuos que nos hallábamos en la parada: mi abuelo, la perra y yo; pero resulta que podíamos ser cuatro, cinco, seis... Todo dependía de si Malta estaba embarazada y de los cachorros que llevara en el vientre.

Sin que mi abuelo me viera, palpé el vientre de Malta y me pareció que quizá estaba encinta, y que posiblemente eran cuatro los cachorros; pero luego consideré que, aun en el caso de que estuviese encinta, la gente no iba a detectarlo y nos iba a tomar por tres individuos y en ningún caso por más. El asunto me preocupaba. Para mi alivio, enseguida creí descubrir la manera de resolver el problema. Bastaba con colocarle a Malta el dorsal número 5, en el caso de que llevase dentro cuatro cachorros. El dorsal podía indicar al observador que se trataba de cinco individuos con apariencia de uno. Se lo consulté a mi abuelo.

–No hace falta ningún dorsal –dijo mi abuelo con paciencia–. Malta no está embarazada.

Sus palabras no me tranquilizaron. Llegó el autobús

y subimos a él con Malta. Ya nos hallábamos dentro del vehículo cuando le pregunté al conductor:

–¿Los perros pagan?

–No –contestó muy serio.

–¿Y si en vez de un perro fuesen, pongamos por caso, cinco?

–Entonces formarían una jauría y no los dejaría entrar.

–Puede que acaben de entrar cinco perros y no por eso forman una jauría –le dije al conductor en tono de reproche.

Mi abuelo, que no había advertido mi discusión con el chófer, y que ya se hallaba con Malta al fondo del autobús, se dio la vuelta y me miró aterrado. De sobra sabía que yo podía volver loco a cualquiera a poco que me diesen la oportunidad de poner en práctica mi aterradora dialéctica.

–Mira, niña –me dijo el conductor–, tengo muchos problemas en los que pensar. Así que déjame en paz. Su falta de estilo me sublevó y se lo hice saber:

–¿Piensa que soy una imbécil? ¿Piensa que bromeo?

¿A usted le da igual uno que cinco? Imagine que mi perra está embarazada, imagine que lleva cuatro cachorros en su vientre. Supongo que a usted le da igual. A mí no. Pero no se preocupe. No volverá a pasar, ni con usted ni con nadie. ¿Este autobús para en el centro comercial? ¿Por qué no contesta?

Mi abuelo se acercó a mí, me arrancó de donde estaba y me arrastró hasta el fondo del vehículo. El conductor murmuró:

–Si no lo veo no lo creo.

Lo mismo podría haber dicho yo, pues rara vez había visto a un sujeto tan grosero. Bajamos en la parada del centro comercial y nos dirigimos a las escaleras mecánicas, que tanto le gustaban a Malta. El artefacto no funcionaba y Malta se sorprendió mucho cuando se posó en uno de los escalones metálicos y comprobó que no se movía.

No fue fácil arrancarla de allí.

Nos hallábamos en el primer piso del centro comercial cuando un hombre se acercó a nosotros para preguntarnos si sabíamos dónde estaba la droguería.

Yo le dije que sí, mi abuelo le dijo que no. Discutimos.

No teníamos prisa. Finalmente miré con seriedad al hombre y le dije:

–Creo que está al fondo del corredor, y a la derecha.

–Pues yo creo que está a la izquierda, y en medio del corredor –dijo mi abuelo.

–Ni en el medio ni al fondo –añadí–. Juraría que está en el tercer piso, junto a la oficina de pompas fúnebres.

Malta, que estaba cada vez más nerviosa, empezó a aullar mientras miraba al hombre, en cuyo rostro había empezado a dibujarse el caos. Mi abuelo se encolerizó, Malta también, y yo no sabía qué hacer ante tanta confusión. El señor se marchó corriendo. Parecía que huía de nosotros como de un incendio. Entonces nos dimos cuenta de que la droguería estaba a menos de cinco metros de nosotros y lamentamos su fuga. De haber tenido más paciencia, habríamos acabado indicándole el verdadero camino.

A nuestra izquierda se hallaba una tienda de deportes.

Recuerdo que miré alegremente a mi abuelo y le dije:

–¿Entramos?

–¿Para qué?

–Para comprarle un dorsal a Malta. Creo que está embarazada, y creo que tiene cuatro cachorros, así que le compraremos el dorsal número 5.

–¿Estás loca? ¿Crees que por el hecho de que Malta lleve al lomo el número 5 la gente va a pensar que tiene dentro cuatro perros y que con ella son cinco?

–Si es gente con luz interior, si es gente con intuición, sí que lo pensará –le dije yo calcando el lenguaje de mi madre–. Además, lo del 5 no pretende ser una información, pretende ser una sugerencia, como cuando mamá echa las cartas del tarot.

–Zirze, por favor...

Me eché a llorar con verdadera desesperación. Finalmente entramos en la tienda, compramos un dorsal con el número 5 y se lo pusimos a Malta, que pasó a parecer un galgo de competición. Luego resultó que no estaba embarazada, pero a Malta le gustó el número y desde entonces no hay forma de sacarla de casa sin su dorsal.

Lo dije antes y lo repito ahora: en mi mundo todo puede parecer absurdo, pero todo tiene una explicación.